

RAIMUNDO LIDA

## CONTEXTOS DE HUMORISMO EN SARMIENTO

JORGE LUIS BORGES incluye a Sarmiento<sup>1</sup> en la clase de los escritores que, literariamente eficacísimos, resultan sin embargo inexplicables por “la mera razón”, por la retórica, por la estilística. En su contexto, esas palabras de Borges sirven para oponer el caso de Sarmiento al de Quevedo o Virgilio, por entero “susceptibles de análisis”, y para oponerlo también, aunque en menor grado, al de Whitman o Shakespeare, analizables parcialmente. Cuando, pocos renglones después, Borges caracteriza en fin a Sarmiento como “demasiado complejo para el análisis”, es fácil asentir; mucho más fácil que suponer a Virgilio o Quevedo plenamente explicables y justificables por la retórica, o la estilística, o la pura razón.

El humor de Sarmiento es en verdad complejísimo. La comicidad, suave o mordaz, directa o irónica, pintoresca o satírica, no suele darse en él aislada y de una pieza. Tanto en sus escritos más meditados como en los que más directamente traducen la improvisación oral, el humor se prodiga en contrastes, fusiones, digresiones sabrosas, felices ambigüedades. La ironía brota a cada paso, y así como cambia de continuo la dirección de su marcha —ya hacia los personajes del relato o la discusión, ya hacia los oyentes, interlocutores o lectores, ya hacia el propio Sarmiento— así cambian los empastes y enlaces con las zonas alegres, serenas o graves de su registro. Con toda seriedad declara el autor de *Recuerdos de provincia* cómo no le avergüenza decir en público que su infancia ha transcurrido en una escasez muy próxima a la miseria, y cómo, por el contrario, lamenta que haya quien se escandalice ante tales confesiones. Sarmiento invoca la alta dignidad de “la pobreza a la antigua”, y decora el recuerdo clásico con los nombres de Cincinato y Aristides<sup>2</sup>. Pero unos párrafos

antes ha afirmado, precisando las circunstancias individuales de aquella casi-miseria: "En el seno de la pobreza, criéme hidalgo" (131). Con la sola palabra *hidalgo*, se transporta irónicamente la pobreza a una atmósfera de vanidad y ocio que supondríamos (si procuramos pensar con Sarmiento) vagamente española y que nos sorprende ver aplicada por él a sus propios orígenes. Es la pura verdad, subraya sin embargo Sarmiento, aunque a la vez deje bien claro que la vanidad y el ocio no son ideales suyos, del narrador mismo. Es que a Domingo Faustino lo crió su padre, don José Clemente Sarmiento, "obedeciendo a una idea fija nacida de resabios profundos de su espíritu" (ibid.), en una disciplina —disciplina al revés— de señorío provinciano. ¿Resabios profundos de tradición española? No es al menos lo que aquí se nos dice explícitamente. Don José Clemente ha sido peón de hacienda, ha sido arriero, y tiene "encogida una mano por un callo... adquirido en el trabajo" (ib.); el ex-arriero no permitirá, pues, que el niño aprenda a vivir de sus manos: "¡Oh, no; mi hijo no tomará jamás en sus manos una azada!" (ib.). Las manos, no para trabajar, sino para jugar. Y los juegos infantiles dejan a Domingo Faustino muchas horas vacías en que entregarse con pasión a los libros. Feliz, providencial debilidad paterna que abre ante el hijo, precoz hidalgo pobre, el mundo maravilloso de la lectura.

Todo se integra, y tanto lo expreso como lo implícito, en la ramificada narración. Por lo pronto, la historia de Sarmiento padre, relativamente simple, no lo es hasta el extremo de caer en una rudimentaria fórmula de causa y efecto: la del arriero y peón que decide desquitarse de su pasado criando un hijo señorito. El don José Clemente de los *Recuerdos de provincia* es figura viva y concreta, aunque Sarmiento no la trate con demasiada ternura. Es todavía "buen hombre" en *Mi defensa* (III,6); sigue siendo al menos, en *Recuerdos de provincia*, indecisa mezcla de nobles y dudosas cualidades. Si los resabios profundos de donde ha brotado el ideal de hidalguía arraigan en el individualísimo espíritu de don José Clemente, eso es, sí, efecto de predisposiciones y experiencias personales, y bastará el impulso de unas críticas situaciones ambientales, como los sucesos de 1810 y los años de guerra contra España, para precipitar su desorganización intelectual y práctica. Pero hay mucho más. No es fácil trazar fronteras entre los modos individuales de ser y el legado histórico colectivo. Desde luego, hidalguía y vanos humos de nobleza son y serán

para Domingo Faustino (tan familiarizado con la “negra honrilla” de la picaresca y con don Quijote y sus *encantamentos*)<sup>3</sup> un hilo evidente en la trama de la desdichada herencia española: resabio ineludible en esta parte de América que, lejos de emanciparse de verdad, se contenta con ser una empeorada “segunda, tercera o cuarta edición de la España”<sup>4</sup>. Persona y sociedad, pues, inseparables. La biografía no es anécdota; los destinos no se dan aislados. En relatos y retratos concretísimos, y aun en viñetas apenas esbozadas, salta a la vista la acción de fuerzas que sobrepasan lo estrictamente personal. Las vemos obrar en la conducta del individuo y en las normas a que él cree ajustarla: en su pensamiento, en sus raciocinios y sofismas, en sus ideales, realizables o utópicos. El carácter personal y quién sabe qué resortes de vieja tradición colectiva —o qué atracciones, irresistibles a veces, de modas actuales y pasajeras— se sostienen recíprocamente. Sarmiento atenderá a la vez a la índole peculiar de quien adopta o predica tal a cual programa, y al poder de seducción de ideologías, lemas de combate y falaces lugares comunes. Así, no pocas veces el retrato incisivo, y hasta la caricatura, servirán para ilustrar el comentario; serán retratos ejemplares, serán como cristalizaciones de las fuerzas sociales que el comentario estudia.

#### **“Yo vi, yo oí, yo hice.”**

Si lo que el escritor narra es su propia historia, el hilo autobiográfico avanzará ciertamente sin perder el rumbo, pero asimismo en vaivén, en continuos cambios de plano y mutuas implicaciones, y siempre dispuesta la pluma a demorarse en el retrato de otros personajes, interlocutores de diálogo o de altercado. Este modo de autobiografía supone encuentros y encontronazos, armonías y conflictos de ideas y pasiones. El monólogo doctrinal arranca del diálogo y engendra diálogo con lectores, oyentes, amigos, colaboradores, adversarios efectivos o supuestos. Si de lo que se trata es de analizar o rebatir a un contemporáneo, será difícil que Sarmiento se mantenga por mucho tiempo en un ámbito de pura doctrina. Preferirá señalar el enlace vital del personaje con sus ideas, buenas o malas, con sus pseudo-ideas o mitos y con su tabla de valores morales. Subrayará lo que cada actor —modelo, camarada o antagonista de Sarmiento— haya hecho en y con sus circunstancias, y sobre todo lo que el propio Sar-

miento ha llegado a hacer con las suyas, a menudo tan adversas. En tiempo y lugar dados, unas mismas condiciones ambientales pueden malograr al débil (y a las débiles muchedumbres), pero no impiden que el fuerte sobreviva y se afirme, y, pasados los años, el fuerte podrá contar sin empacho sus humildes comienzos, porque la evocación de aquellas estrecheces pondrá de resalto el heroico esfuerzo personal. Si además el autorretrato no disimula fallas menores de carácter y formación, eso mismo contribuirá a realzar las virtudes centrales. Y variando continuamente la naturaleza y tratamiento de las fallas, el escritor introducirá en el cuadro una vibrante concreción de humanidad. En la "Advertencia" a su *Campaña en el Ejército Grande*, el narrador sale al encuentro de los lectores a quienes moleste la continua referencia de "estos apuntes" a recuerdos personales: "Yo vi, yo oí, yo hice" <sup>5</sup>. Sabe, finge resignadamente saber que, para la sensibilidad común, todos los escritos de esa índole "se resentirán de su origen" (ib.). Pero sin duda sabe también que el yo no puede ser odioso cuando quien lo pinta acierta a animar sus historias y comentarios con toques de autocrítica y hasta de autoburla. Nada odioso suele mostrárenos el formidable yo de Sarmiento, de un hombre a quien tantas veces, y no solo en su propia época, tacharon de egotista y megalómano.

Fallas menores son las que Sarmiento confiesa en *Mi defensa* para replicar hábilmente a su tocayo Godoy dándole "armas más honestas de las que ha usado hasta ahora conmigo" (III, 11). Sí, es verdad: Sarmiento tiene escaso roce social; lo denuncian su desaliño y sus torpes modales. Pero es verdad, al mismo tiempo, que lo que el joven pensador rehuye es el roce y maneras de los triviales y de los ociosos. No tiene tiempo ni ganas de pulirlas en esa compañía. Prefiere retraerse en tenaces meditaciones, ejercicio que por tantos años ha tenido que cultivar en pobreza y apartamiento. Se ha acostumbrado a *masticar* una idea, como él dice, a solas, y a no frecuentar sino libros, periódicos y, a lo sumo, una que otra tertulia de "hombres de instrucción" <sup>10</sup>. ¿Es tan grave su crimen? ¿Hay motivos serios para encarnizarse con él?

El comentario irónico de Sarmiento sobre sí mismo se funda en un tono general de anti-solemnidad, con lo que el escritor u orador, simbólicamente sacrifica la propia suficiencia, y ganada así la confianza de su público, aparece con perfecto derecho a lanzarse sobre el tema

verdadero criticando también sin miramientos al adversario. Sus humorísticos exordios —corrosivo humor, a veces— suelen preparar el muy serio alegato que ha de seguir. Hablando en 1883 a las “Señoritas del Internato Normal” de Montevideo, empieza Sarmiento por definirse simplemente como “un hombre público de la otra banda del Río” y explica en seguida, a su manera, en qué consiste ese tipo de humanidad. Hombre público: hombre habitualmente “recibido por la rechifla del respetable público”; hombre insultado y afrentado por sus colegas, y por jóvenes y viejos <sup>6</sup>, aunque su pecado no sea otro que el llamar las cosas por sus nombres, o el haber herido “tal o cual susceptibilidad estúpida”. Ya a punto de entrar en el tema, formula el orador una última caracterización ejemplar: imagen del propio Sarmiento que por sí sola basta para dar a entender “lo que es un hombre público, sobre todo si es argentino” (151). Es, en suma, “una víctima expiatoria de los errores y de la ignorancia de los pueblos, es el macho cabrío emisario de todos los pecados de Israel” (ib.). Y el ímpetu y acritud de la charla, aunque la iluminen ocasionales lampos de simpatía y buen humor, ~~augmentará~~ cuando, ya en materia, contraponga Sarmiento la obra civil y civilizadora de las escuelas normales de maestras —como esa en que él está precisamente hablando— a la *filoxera* de las escuelas religiosas importadas.

Lo irónico y lo grotesco condimentan muchas enfáticas afirmaciones de su yo, como cuando, en carta a Mary Mann, dice Sarmiento tener la fuerza de “cuatro caballos dinámicos” <sup>7</sup>, o como en aquellos párrafos en que recuerda con gratitud a un viejo maestro porque le enseñó a amar “a la libertad y a la patria” e hizo de Sarmiento un insolente y un valentón: “valentón como él, insolente contra los mandatarios absolutos” (*Recuerdos...*, III, 73-74). El se siente autorizado a hablar de sí con pocas contemplaciones, pero sabrá salir al paso de quien se permita comentar su conducta o sus talentos con parecida soltura. Las referencias al propio yo pueden entrar en una burla bonachona a la tontería de su interlocutor. García Mérou <sup>8</sup> pone estas palabras en boca de Sarmiento: “Un amigo me decía: —Tal artículo de usted está muy bueno; a la verdad, no lo hubiera creído capaz de eso.— Ni yo tampoco, hombre —fue mi respuesta; lo veo y no lo creo.” Es como si, ante semejante amigo y lector, no valiese la pena replicar con más violencia. O puede Sarmiento, dirigiéndose a su admirado Vélez Sarsfield, ironizar sobre sí mismo en tal for-

ma, que, a través de “aquella modestia que me caracteriza” (*Viajes*, V, 138) <sup>9</sup>, deje transparecer claramente su orgullo: “—¿Ha leído, doctor, la oración de Demóstenes sobre la Corona?— No, ¿cuál oración?— Pues oirá usted mi oración sobre la Bandera, y nada habrá perdido. ¡Qué oración!” (“Discurso de la Bandera”, XXI, 338).

En lo que parece al pronto mera autocrítica, van envueltas por lo general otras muy diversas intenciones. Evocando Sarmiento su infancia <sup>10</sup>, no oculta “cierto carácter de fatuidad” que ya entonces lo distinguía: “Yo creía desde niño en mis talentos como un propietario en su dinero, o un militar en sus actos de guerra” (147), pero esta observación va ligada, sin ironía alguna, a un balance satisfecho y positivo que apunta de lleno a las zonas más luminosas del conjunto y, como para destacarlas mejor, a las sombras adecuadas: balance de sus provechosas lecturas (provechosas, aunque fuesen irregulares, o quizá por serlo), de su capacidad de atención y memoria y, como consecuencia, de sus tempranos éxitos intelectuales en la escuela (a pesar de sus impuntualidades, impaciencias y diabluras). Ni oculta Sarmiento, hablando de su familia, cierta bien conocida reputación “que han heredado de padres a hijos...” (148). Cuando nos disponemos a leer el elogio de quién sabe qué especial virtud hereditaria, el escritor aclara con graciosa compunción, y estilizando cómicamente su franqueza, que de lo que se trata es de una no discutida reputación de embusteros, rasgo transmitido por la rama paterna, los Sarmientos. “Nadie les ha negado esta calidad —continúa, impasible— y yo les he visto dar tan relevantes pruebas de esta innata y adorable disposición, que no me queda duda de que es alguna cualidad de familia” (ib.). Pues bien: contra este fondo irónico recorta Sarmiento con toda gravedad la figura de su madre, doña Paula Albarracín, que ha sabido atajar el mal, arrancarlo de cuajo, no permitir que en su casa se desarrollara la innata disposición. Y el niño, en la escuela, se distinguirá entre todos por su veracidad, y el hombre, el autor de *Mi defensa*, se defenderá en efecto arrojando verdades a la cabeza de sus calumniosos antagonistas. Será arriesgadamente veraz y, a quienes le señalen ese pecado y le aconsejen prudencia, replicará que a él, a Sarmiento, le sucede “lo que a los grandes pecadores, que dejan para la hora de la muerte la enmienda”<sup>11</sup> y, contrastando su sinceridad con la “prudencia” de tales consejeros, rematará (23): “Cuando tenga cuarenta años, seré prudente; por ahora seré como soy y nada más”.

Nada más, y nada menos, que un recio gaucho al servicio de la civilización. Desde sus años de mocedad se sabe soldado infatigable en tan variada guerra —y guerrilla de montonero— por el triunfo de la mejor causa. Fuerte como un Quiroga o un Rosas, se jactará, llegado el día, de que todos los caudillos llevan su marca. Ya en Chile (y aun antes, por breve tiempo, en su San Juan) había sido el joven periodista un civilizador militante. Cuando le llegue la oportunidad de viajar a Europa, su libro y la recomendación del presidente chileno serán la doble llave “para penetrar en París” <sup>12</sup>. No ha querido ir a Francia como estafalario turista sudamericano en busca de “pájaros raros” (140) y, ya en Francia, necesita que la *Revue des Deux Mondes* comente su *Civilización y barbarie* antes que él se decida a visitar a los grandes pensadores y escritores, a Michelet, Quinet, Louis Blanc, Lamartine: “quiero títulos para presentarme ante ellos” (ib.). Pues en la capital francesa “no hay otro título para el mundo inteligente que ser autor o rey” (ib.).

Su guerra político-literaria, en artículos, folletos y libros, en charlas, informes y discursos, recorre su vida entera de escritor, y puede alcanzar una violencia y crueldad de gaucho en armas. Aun en los intervalos de calma relativa suele mostrársenos preparando, jovial y deportivo, su programa de “donquijotismo” inmediato. Confianza y alegría de luchador llenan aquella deliciosa página <sup>13</sup> que Sarmiento escribe a bordo del *Merrimac* mientras, al regresar de su segundo viaje por los Estados Unidos, espera noticias argentinas de la elección presidencial en que él mismo es uno de los candidatos:

... Los pasajeros del *Merrimac*, el 4 de agosto de 1868, día de Santo Domingo de Guzmán, celebraban el onomástico de D. F. Sarmiento, que vino al mundo el 15 de febrero de cierto año y promete, dada la salud de que goza y el deseo de sus amigos, dejarse estar en este mundo muchos años más todavía y dar que hacer a muchos pícaros. ¿Es ya Presidente de cierta ínsula? En Perú lo sabrá. ¿Si lo fuere! ...Si no lo es, tanto peor para ellos...

Hasta los ataques más directamente centrados en Rosas y en su acción destructiva pueden verse en páginas de caricatura y chanza. El chiste y su áspero contexto resultan inseparables. Chiste, pero serio y profundo, es el hablar de sí y de Rosas como de dos titanes empeñados

en lucha gigantesca <sup>14</sup>. Sarmiento y Rosas compiten por los mismos honores; buscan soluciones (eso sí, muy diferentes) a los mismos problemas; los dos son escritores prolíficos <sup>15</sup> y —hay que confesarlo— Sarmiento envidia a Rosas “el puesto admirable que ocupa” (218). De este modo, su propia vida y la de Rosas se le antojan grotescamente simétricas, o paralelas (y cada paralelo y cada simetría pueden ser intencionadísimas burlas). Es más: Sarmiento presenta al tirano <sup>16</sup> como necesaria víctima de su flagelación; delata con malignidad, en el sádico de Buenos Aires, un fondo perverso de masoquismo, y apunta así a una especie de sanguinaria y obscena complicidad materno-filial entre verdugo y víctima. Por una parte, no hay vida posible para el torturado Rosas sin su torturador: “Si yo le faltó ¿quién hará lo que hago por él?”; por otro lado, Rosas será obsesión salvadora de Sarmiento, “como fue combatirlo mi solo estimulante al trabajo, mi solo sostén en los días malos. Si alguna vez hubiera querido suicidarme, esta sola consideración me hubiera detenido, como a las madres, que se conservan para sus hijos.” <sup>17</sup>

### Ideas y palabras

Rosas caerá, y Sarmiento tendrá que vérselas con los que él considera solapados continuadores del tirano de Buenos Aires. Dictadores, ahora, de guante blanco pero con igual desprecio de las instituciones, y “caudillejos que con poncho o con casaca van quedando atrás en la marcha pacífica del pueblo a mejores destinos” (*Discursos*, XXI, 383), “caudillejos con charreteras” (392), militares sin ley, prontos a alzarse en armas contra el presidente electo Avellaneda, “anarquistas” que se sienten autorizados —y nunca faltan los pretextos— a subvertir el orden legal a fuerza de cuartelazos. Sarmiento exhorta al país a combatirlos, y denuncia como criminal toda cínica indulgencia para con esos traidores, indulgencia que deshonra y pierde a los pueblos (383–384). Tras medio siglo de lucha por la estabilidad institucional de la Argentina, el hombre público es ahora “macho cabrío emisario” a quien hasta los jóvenes rebajan e insultan. Sarmiento enarbola con ira y soberbia el mote de “Don Yo” —la fórmula de escarnio fraguada, según él, por Juan Bautista Alberdi— <sup>18</sup> para replicar con desprecio a los agresores. Don Yo es el que ha marcado para siempre a los caudillos, acabando así con “la anarquía del



caballo argentino” (*Papeles del Presidente*, Ll, 380); Don Yo es quien, por lo demás cree haber descabezado a ese otro monstruo que “tantas cabezas tiene” y que se empeña en llamarse liberalismo cuando no es sino demagogia <sup>19</sup> .

Ni liberalismo ni democracia: demagogia. Hasta los lemas políticos que guiaron la lucha contra Rosas se ven ahora trágicamente falseados. Echando Sarmiento un vistazo a la legión de sus enemigos, comprueba que los extremistas de un ala se confunden con los de la otra; lo único en que difieren es en programas y rótulos de pura apariencia. Partidos políticos opuestos esgrimen las mismas divisas <sup>20</sup> . Al propio Cobden, “el célebre inglés agitador del librecambio”, le ha oído Sarmiento quejarse de la inconciencia con que las gentes se dejan arrastrar a la perdición por una mera palabra: “En Inglaterra nuestros propietarios se llaman *protectores*, y el pueblo, a quien hacen morir de hambre con sus leyes prohibitivas, se cree, sin embargo por ellos *protegido*, yendo a estrellarse contra equívoco semejante todos mis esfuerzos para propagar mejores doctrinas” (*Viajes*, V, 313). El ex-presidente Sarmiento clamará que la Argentina se ha reducido en breves años a una ficción verbal de democracia. Cuando el general Roca gobierna el país y cuando, para el período presidencial inmediato, el mismo Roca imponga la candidatura y el triunfo de su pariente Juárez Celman, Sarmiento sentirá que la república, su república, se ha transformado de hecho en monarquía. Gobierno hereditario: todo quédala en familia. Lo peor es que la Argentina, para Sarmiento, se desnaturaliza a ciegas, y marcha así hacia un rápido desastre. Agarrado desesperadamente a sus ideas, no puede el crítico reconocer, percibir quizá, el continuo desarrollo del país en muchas y benéficas direcciones. Lo que el loco Sarmiento sí ve y anuncia es la catástrofe económica que se avecina. Lo que al sordo Sarmiento sí puede ensordecerlo, dice, es “el fragor de las instituciones que se derrumban” <sup>21</sup> .

En los más diversos planos ve obrar el argentino, como el “célebre inglés”, los rótulos eufemísticos al servicio de la mala intención, los pabellones vistosos que encubren la mala mercancía. Cuidado hasta con los más prestigiosos *ismos*. Atención —avisa a las maestras de la Escuela Normal uruguaya— contra el cristianismo inhumano y cerril. No fue ese el cristianismo de Cristo. Y Sarmiento le contraponen la figura del despen-sero y tesorero Judas, o, acriollando la imagen, la del “pulpero religioso

y fanático” que se escandaliza ante los derroches de María de Betania y predica economías en materia de perfumes. Cristo estaba por los perfumes. “Os recomiendo, niñas mías, el uso del agua de Colonia y mucha agua de lavanda. Es cristiano”<sup>22</sup>. Judas y Torquemada, contra Cristo. Si la bandera de Facundo Quiroga proclama como natural alternativa la de “Religión o Muerte”, es fácil ver qué horrores pueden ocultarse bajo el nombre de religión. La religión verdadera es humana y civilizadora, y la belleza es su aliada. Llenos los ojos de tanta maravilla artística como ha contemplado en Roma, de tantos “restos grandiosos de todas las creencias que han fecundado el espíritu humano”, los describe Sarmiento a su tío el obispo de Cuyo (*Viajes*, V, 249-250), y recuerda entonces, por contraste, la fealdad de ciertos objetos de arte religioso tan familiares para el viajero como para el destinatario de su carta. “La artística Roma se cubriría la cara de vergüenza si viera erigidos en alto algunos de nuestros crucifijos”, donde el artesano ha dado tan torpe expresión al rostro de Jesús, que este parecería “maldecir de sus sufrimientos, en lugar de pedir perdón por sus verdugos”, incluido ese otro verdugo —aclara Sarmiento— que “tan deslealmente lo ha representado” (250).

Distinguir, buscar detrás de los rótulos y de las ideas corrientes unos resortes de acción más decisivos, para bien o para mal, es labor continua de Sarmiento. Su atención crítica puede volverse sobre sí mismo y sobre la pugna que lo enlaza con sus adversarios ocasionales. A él, senador por la provincia de San Juan, le tocará enfrentarse en 1875 con su colega y paisano Rawson, y se detendrá un momento a explicar la perpetua lucha entre las fórmulas de “orden” y “libertad”. Responden a dos tendencias constantes que, exageradas, llevan respectivamente al despotismo y a la anarquía. Polaridad invencible, parece sugerir Sarmiento. Más dramáticamente —con cierta dosis de fanatismo— comprueba, a cierta altura de su vida, cómo pesan sobre la historia de los pueblos unas inclinaciones profundas y hereditarias. Así puede llegar a sentir que es en su época irresistible el metódico avance de los Estados Unidos del norte (apliquen como apliquen su ambigua y elástica doctrina de Monroe) y la marcha a tumbos de los Estados Desunidos del sur. Antes que Francisco Bilbao, un argentino había aplicado este juego de palabras a su propia tierra, desgarrada por las disensiones entre los hombres de Buenos Aires y los del resto del país: “¿No sabes que el nombre [ de ] porteño —escribía

a un amigo el inquieto Fray Cayetano Rodríguez, diputado al Congreso de Tucumán, 1816— está odiado en las Provincias Unidas, o desunidas, del Río de la Plata?”<sup>23</sup>. Es el juego que Marcel Proust, a su modo, y tantos años después, pondrá en boca de uno de sus personajes, un extraño compatriota deseoso del trinfo de los alemanes en la guerra de 1914: la dudosa eficacia de la ayuda que, en su momento, puedan acaso prestar a Francia los Estados Unidos de América contrasta, para Saint-Loup, con la actual y palpable anarquía de los países aliados, los estados desunidos de Europa.<sup>24</sup>

Desunión, atomización extrema, tiranías que, lejos de contrarrestar el impulso disgregador y la provisionalidad permanente, ayudan, por reacción, a estimularlos: a eso lleva la inepticia de los “ejecutores testamentarios” de Felipe II<sup>25</sup>, los gobernantes hispanoamericanos. El autor de *Argirópolis* ilustra esta propensión, irreflexiva, oscura, ruinosa, con el ejemplo de Colombia (dividida en tres naciones) y desde luego con el de la América Central, pero el caso para él más escandaloso es precisamente el del Río de la Plata, cuyas Provincias Unidas empiezan por descomponerse en Bolivia, Paraguay, Uruguay y la Confederación Argentina, Confederación que a su vez lleva el afán suicida “hasta constituirse en un caos sin constitución” (XIII, 71). Alguna vez advertirá que la incapacidad de convivencia organizada es algo más que falla exclusiva de los españoles y de los albaceas americanos de Felipe II. Para el Sarmiento de 1870 salta a la vista, en este terreno, la general impotencia de los pueblos católicos. Los bárbaros de antaño, “con sus viejas instituciones germánicas y la Reforma religiosa”, han acabado con el imperio de Carlos V y con el resto del bicéfalo imperio romano (Austria, Francia). Así ve Sarmiento a los alemanes, ingleses y norteamericanos afirmarse día a día, frente a los fracasos de Italia, Francia, España e Hispanoamérica<sup>26</sup>.

Eficaz instrumento al servicio de la tiranía y la discordia —claro que las dos cosas no se excluyen—<sup>27</sup> es la confusión de ideas que los caudillos, y Rosas más que nadie, siembran en el pueblo. Sarmiento no ha perdido ocasión de rebatir en todos los tonos las fórmulas, las trampas verbales en que Rosas envuelve su íntima vaciedad, su crueldad, su barbarie. En primer término, un sangriento juego de palabras. Rosas remacha su dictadura proclamándose federal; sus enemigos son, en bloque, los

unitarios. Alberdi resumirá concisamente la móvil paradoja de los dos bandos: "Los unitarios han perdido, pero ha triunfado la unidad; han vencido los federales, pero la federación ha sucumbido" <sup>28</sup>. Con solo leer las declaraciones públicas de Rosas —y Sarmiento las lee y comenta en 1849 <sup>29</sup> con todos los recursos del análisis, de la ironía y del sarcasmo— resalta la falsedad de esa armoniosa concordia en que, según el tirano, vive la Argentina gracias a él. La sola libertad que Rosas permite es la de elogiarlo (como anticipando, piensa el lector de hoy, aquella "libertá de votar por el candidato del gobierno" que el comisario criollo proclama enérgicamente en el satírico relato de Roberto Payró <sup>30</sup>). Fórmula que pinta de cuerpo entero a Rosas es esa de la "justa indignación" del pueblo agraviado, cuando se trata de excusar crímenes llevados a cabo por orden del dictador mismo. Crímenes, puntualizaba Sarmiento en *Recuerdos de provincia*, como el asesinato de don Vicente Maza (presidente de la Sala de Representantes de Buenos Aires): crímenes dispuestos por Rosas y luego deplorados por él oficialmente como "atroz licencia en un momento de inmensa, profunda irritación popular" (III, 183). Así también presentará Sarmiento, en 1874, desde el gobierno, los móviles del "presunto general" Ricardo López Jordán, que ha asesinado a Urquiza, "su patrón, protector, gobernador y general en jefe", y ha hecho degollar a dos de sus hijos, "nada más, como dicen los pícaros que lo secundan, que para ayudar a elegir un presidente constitucional" (*Papeles...*, LI, 320).

El tirano de Buenos Aires ha corrompido el vocabulario moral y político. Ya no se sabe qué significan expresiones como *elegir, reelegir, renunciar, aceptar* la renuncia, *no aceptarla, retirarla...* <sup>31</sup> Ahí están las sucesivas renunciaciones de Rosas, que su dócil Sala de Representantes nunca acepta, de suerte que el tirano debe resignarse cada vez, con doloroso sacrificio, a conservar el poder en sus manos. Rosas es "el monstruo de las *renunciaciones*, la víctima inmolada ante las aras de la patria" (219). La broma aumenta de tensión por la calma con que Sarmiento acumula sus datos y resume la información oficial argentina, y por la metronómica alternancia de "Renuncia el Ilustre Restaurador" e "Insiste la Sala..." Al cabo de doce renunciaciones y otros tantos rechazos, la Sala nombra a Rosas por cinco años "con toda la suma del poder público en la persona del gobernador" y —;admirable congruencia!— estableciendo que "el ejercicio de este poder extraordinario durará por todo el tiempo que a juicio [ de

Rosas] fuese necesario" (221). Pero a través de los años, de muchos años, siguen sucediéndose en vano las renunciaciones. El sarcástico resumen llega así hasta esos mismos días de 1849 en que Sarmiento escribe. Rosas, invocando una vez más sus fatigas, sus tristezas y sus quebrantos de salud, ha presentado su trigésima cuarta renuncia, y Sarmiento concluye:

La Sala de Representantes, no obstante haberle [Rosas] degollado su presidente [el Dr. Maza], tiene la audacia de mirar en poco los quebrantos de su corazón, reírse de sus principios republicanos y mofarse de su quebrantada salud... El Restaurador renuncia esta vez, y jura que no continuará más en el doloroso mando supremo, en despecho de la crueldad de los representantes. Entonces principian las peticiones del pueblo; los gobiernos confederados citan en sus respectivas provincias al pueblo para que elija gobernador para Buenos Aires [!] y juramos que esta vez, no solo es nombrado gobernador y compelido a continuar, sino que se muere en el puesto y sigue su ánima gobernando con la suma del poder público, a no ser que la Sala de Representantes le decrete ochenta años más de vida, que después de reiteradas renunciaciones se verá forzado a aceptar! (227).

El dictador burócrata pervierte el alma de su pueblo inoculando en ella, sistemáticamente, una como normalidad de amenaza y de incitación a la violencia. No otro efecto puede ser el "¡Muera...!" estampado en todos sus documentos. La muchedumbre de los que nada perciben ni piensan por sí mismos reproduce cuanto dicerio le trasmite la máquina gubernamental, y llega a hacerse de ese modo, cómplice inconsciente del crimen "que descende de lo alto" (*Recuerdos...*, III, 43). Los grotescos agentes de Rosas repiten sus fórmulas sin contacto ya con seres humanos concretos. En ese triste montón de autómatas incluye Sarmiento aquel "señor Gobernador y Capitán General de la provincia de San Luis", Lucero, persona de tantas luces, en efecto "que por poco fusila a un ciudadano por haberse llamado, en una petición, el *infrascrito*. "— ¡Cómo!— dijo el señor gobernador Lucero, montando en cólera — ¡Quién lo ha hecho infrascrito a él? Aquí no hay más infrascrito que la autoridad... Vaya a traerme preso a ese que se arroga los títulos de la autoridad" (*Política...*, VI, 377). Sarmiento sabe muy bien de ese señor Gobernador, que, tan informado como siempre, preguntaba a un viajero: "¿Conoce usted o ha visto en Chile a aquel bandido, aquel salvaje, aquel...? ¿Cómo se llama, secretario? Busque en la *Gaceta*" (ib.).

No es que Sarmiento se proponga aquí divertir a sus lectores con

anécdotas y chascarrillos. El retrato es alegato; la narración es alegato. Un Rosas y un Quiroga, o un sórdido instrumento popular de terrorismo como la "Mazorca" o "Más-Horca", o un grotesco funcionario como el gobernador-jayán de San Luis (cf. *Política...*, VI, 377) alcanzan su significación plena y justa en un vasto contexto histórico. Las viejas formas mentales no han acabado en 1810; la Inquisición sobrevive en la América española actual. Quien, como Sarmiento, combata a Rosas no será solo un salvaje y bandido, ni solo un unitario inmundo y asqueroso. Frente a los países al día y en marcha —países de civilización y ley que, por serlo, no necesitan de "Restauradores de la ley" armados de látigo y cuchillo" y de una banda de miserables para gritar y hacer efectivo el *mueran los salvajes unitarios*"—, los caudillos de hoy y sus regímenes bárbaros y suicidas hacen revivir en sus procedimientos y en su fraseología condenatoria el espíritu de la Inquisición. El "católico rancio" se prolongará en el "godo empecinado" y en "federal neto" (*Recuerdos...*, III, 59). Al propio Sarmiento han llamado "judío", sin más verdad ni propósito que el de "adular al inquisidor argentino" (*Recuerdos ...*, III, 51).

No son sólo míseros criollos los que el inquisidor seduce y pone a su servicio. Inolvidable se nos aparece la estampa física y moral del francés Tandonnet, compañero de viaje de Sarmiento a bordo de *La Rose* (*Viajes*, V, 90-102). Unos pocos renglones bastan para describir la noble fisonomía del discípulo de Fourier, y unos párrafos para relatar el encuentro, el diálogo, el profundo desacuerdo entre "Tandonnet, el rosista, y yo, el salvaje". Pues un período de no fácil permanencia en Montevideo y, por el contrario, los agasajos de Rosas y su hija en Buenos Aires han convencido al amigo de los disciplinados falansterios: la salvación, para estos díscolos países rioplatenses solo puede venir del dictador y no de la anarquía "unitaria". Entonces es cuando se traba Sarmiento en combate con el credo falansteriano, en páginas que a la vez lo exponen y lo ridiculizan. Sin negar el genio de Fourier —como no lo negaba Friedrich Engels, por muchas que fueran también sus objeciones a la "envoltura fantástica" del fourierismo—<sup>32</sup>, Sarmiento se demora sobre todo en lo absurdo e hilarante de un sistema fraguado en el gabinete del solitario pensador, sin contacto alguno con los hechos. Es muy natural que la simpleza y credulidad de Tandonnet hayan cedido a las explicaciones de Rosas, como antes a las sublimes construcciones de Fourier.

Y así se trate de este ocasional interlocutor de Sarmiento como de aquel joven legitimista de sus paseos por Italia que, “bello como un Adonis, noble de origen, pasablemente acomodado, francés e ignorante como un niño americano”, besaba convulsivo el medallón del pretendiente al trono, Enrique V, y juraba “que lloraría de dicha cuando tuviera el placer de hincarse de rodillas en su presencia” (*Viajes*, V, 292-293); ya nos muestre a Santiago Arcos persuadiendo a la viajera norteamericana de que Sarmiento ahí presente, es sobrino de Abd-el-Kader, y exagerando cuanto puede, para hacer indudable el parentesco hispano-arábigo, la pronunciación de la *j* en las frases españolas que dirige a su incógnito e ilustre amigo <sup>33</sup>; ya haga desfilar tantos otros personajes y personillas, Sarmiento estira en mil formas el hilo de la obsesión social y política, aunque sin olvidarlo. Pasa y salta de la anécdota a la tesis, de la silueta biográfica a la argumentación, así como va y viene, imprevisible, a lo largo de amplísima escala que lleva desde la desmesura a las más leves ondulaciones de humor, desde la polémica borrascosa hasta la evocación serena, embebida en un gracejo benévolo y feliz, desde el chiste que, solo verbal y externo en apariencia, resulta cáusticamente “interno” (como cuando Sarmiento explica a sus compatriotas que la palabra *argentino* es anagrama de *ignorante*) <sup>34</sup> hasta los más directos y devastadores sarcasmos personales de *Las ciento y una*.

Todo anda, en Sarmiento, entrelazado, y la grandeza y belleza del todo se desharían sin esa radical densidad. El lector atento debe contar con el móvil “prisma sarmientino”, con sus refracciones de pensamiento y sentimiento y con el peso contextual de cada rasgo de humorismo. Debe tener presente que, por lo general, “Sarmiento no trabaja en miniaturas, sino en grandes espacios” <sup>35</sup>. No es este un escritor de los que buscan en su libreta de apuntes la palabra justa, el giro particularmente ingenioso o magnético, la imagen vistosa anotada años antes para cualquier uso eventual. No es de los que calculan, uno por uno, sus efectos retóricos, ni de los que tienden a tallar su amargura en epigramas de rigurosa geometría, como los que sí hallaremos tantas veces en pesimistas elegantes, a lo Manuel González Prada o a lo Franz Tamayo <sup>36</sup>.

“Demasiado complejo...” Tanto más necesario el referir cada aspecto y cada instante del humor de Sarmiento al fluir uno y proteico de su obra íntegra. Y tanto más deseables, por consiguiente, los atentos estudios

de detalle que no pierdan de vista el conjunto y que ayuden así a enriquecer —no a inmovilizarla en radiografía ni en catálogo ni en monumento— nuestra imagen del gran héroe civil y de su espléndida obra escrita.

RAIMUNDO LIDA

*Harvard University*

Publicado en *Hispanic Review* - University of Pennsylvania, T. 37 (1969) -  
Reproducido con la autorización del autor (1979).



## NOTAS

1. Prólogo a *Recuerdos de provincia*, Buenos Aires, 1944, p. 9.
2. *Recuerdos de provincia*, *Obras de D. F. Sarmiento*, t. III, Santiago de Chile, 1885, p. 133. Todos los escritos de Sarmiento aquí citados lo serán por estas mismas *Obras* (I-VI, Santiago, 1865-1887; VII-LIII, Buenos Aires, 1896-1903), si no se indica otra edición.
3. *Viajes*, V, 323, *encantamento* en *Discursos populares (1839-1883)*. Buenos Aires, 1883, p. 390, pero *encantamiento* en V, 323 y en el texto de ese mismo discurso popular reeditado en *Obras*, XXII, 86. *Fijodalgo* puede adquirir en Sarmiento ribetes de insulto (véase su carta a Juana Manso en XXIX, 37).
4. "Las obras de Larra", I, 113. Edición —explica Sarmiento en seguida— no comparable con las de aquellos libros "que corrigen y aumentan en las reimpressiones", sino con las de "los malos grabados cuyas últimas estampas salen cargadas de tinta y apenas inteligibles" (I, 113-114).
5. *Campaña en el Ejército Grande*, ed. Tulio Halperín Donghi, México - Buenos Aires, 1958, p. 76.
6. XXII, 147. Y ahí, como anunciando el rumbo de la invectiva que ha de seguir, precisa aun más: "escarnecido por los ancianos si saben teología, cuando de derechos políticos se trata". En XV, 381: "Yo he sido siempre hombre público impopular".
7. Cf. *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, IV, Buenos Aires, 1936, p. 111.
8. Martín García Mérou, *Sarmiento*, Buenos Aires, 1944, p. 43.
9. "Confesión irónica, pero confesión al fin", comenta Emilio Carilla. *Estudios de literatura argentina (Siglo XIX)*, Tucumán, 1965, p. 133n. No es, desde luego, ejemplo único. El brillante "Discurso de la Bandera" es el que habrá de pronunciar Sarmiento en la inauguración de la estatua ecuestre de Manuel Belgrano, en la entonces Plaza del 25 de Mayo, Buenos Aires.
10. *Recuerdos...*, III, 147. Evocación que, en ese sentido, contrasta con la simpli-

cidad de tono de los pasajes correspondientes en *Mi defensa* (III, 7).

11. *Mi defensa*, III, 23.
12. En carta de 1865, desde Boston, se refiere a sus antecedentes de educador como al modo más natural de presentarse en “este pueblo de profesores y de maestros”; pero —añade— para los casos extremos le queda un recurso más poderoso aún : “el *Facundo*, que es mi cañón Parrot” (*Ambas Américas*, XXIX, 67).
13. “Un viaje de Nueva York a Buenos Aires”, XLIX, 313. Reemplazo la palabra *natalicio* que no parece corresponder al contexto, por *onomástico*, siguiendo el *Sarmiento a través de sus mejores páginas* de Andrés Iduarte y James F. Shearer, New York, 1949, p. 156.
14. “Rosas en paz con todo el mundo”, *Política argentina*, VI, 213. Con imagen análoga —observa Enrique Anderson Imbert, *Genio y figura de Sarmiento*, Buenos Aires, 1967, p. 87— describirá Sarmiento su *Facundo* como “libro... informe, verdadero fragmento de peñasco que se lanzan a la cabeza los titanes”.
15. La abundante producción de Rosas consiste en “volúmenes de notas oficiales al año, dirigidas a diez gobiernos sobre veinte pleitos pendientes” (VI, 216).
16. Carta a Bartolomé Mitre, 13 de abril de 1852, en *Campaña en el Ejército Grande*, 71-72.
17. *Ib.* “Si yo le falto...”: dichas estas palabras cuando Rosas ha caído ya, abarcan en apretada unidad la vieja obsesión de combatir al tirano y la obsesión actual de comprenderlo: “Ese será mi estudio único, en adelante”. Años antes (“Rosas en paz...”, VI, 218) sugería Sarmiento una posibilidad de provechosa colaboración entre los dos “titanes”. Si Rosas cayera en sus manos, Sarmiento, gobernante, lo haría su consejero, con tanta experiencia como habrá acumulado “en veinte años de poder absoluto”.
18. Cf. Jorge M. Mayer, *Alberdi y su tiempo*, Buenos Aires, 1963, p. 811, n. 17.
19. *Papeles...*, LI, 380. Comp. su carta a Lastarria, mayo de 1874: “Principié bajo el fuego graneado de todas las ambiciones y de las malas imitaciones liberales.... Pasando por todas las pruebas, la del fuego y la del veneno, la guerra civil del caudillo y la demagogia del liberal crudo, he llegado, sin saber

- cómo, a transformar la sociedad...” (LI, 406-407).
20. Es lo que, por otra parte, ha podido comprobar en todas las latitudes. Véase su chusca historia de las elecciones en cierto cantón suizo (*Viajes*, V, 318-319).
  21. Cf. Agustín Rivero Astengo, *Juárez Celman*, Buenos Aires, 1944, p. 395. Sobre la génesis y sentido de ese obstinado pesimismo de Sarmiento frente a la Argentina de sus sucesores, véase Tulio Halperin Donghi, “Sarmiento: Su lugar en la sociedad argentina post-revolucionaria”, *Collected Studies in Honour of Américo Castro's Eightieth Year*, M. P. Hornik, ed., Oxford, 1965, pp. 221-232.
  22. “Internato Normal”, *Discursos populares*, XXII, 155. A bordo del *Merrimac*, la inelegancia de “las señoras” puritanas le hace exclamar: “¡Oh Calvino, cuánto daño ha hecho tu fanatismo!” (*Memorias*, XLIX, 313).
  23. En Fr. Pacífico Otero, *Estudio biográfico sobre fray Cayetano José Rodríguez*, Córdoba (Argentina), 1899, p. 232. La carta está fechada meses antes del Congreso, 10 de setiembre de 1815.
  24. *Le Temps retrouvé*, en *A la recherche du temps perdu*, III, ed. Clarac-Ferré. Paris, 1954, p. 761.
  25. *Ambas Américas*, XXIX, 79. Después de tres siglos de vida colonial —explica Sarmiento— perdura en Hispanoamérica la “triple cadena” como en tiempos de Felipe II: el idel de “un gobernante, una raza, una creencia”. Comp., en la polémica de *El Nacional* (1883) contra *La Unión*, el ataque a los adversarios de Sarmiento como continuadores de Felipe II y su “pasión santa de exterminio” (LII, 354).
  26. Carta a José Posse, LI, 15. De paso, una enérgica referencia a los que en la Argentina simpatizan con la “república” francesa: “Si triunfa en Francia, tendríamos imitaciones de desorden popular” (16).
  27. “La dictadura es una provocación constante a la pelea”, observaba Alberdi (*ap. Mayer, Alberdi...*, p. 344).
  28. Mayer, *ib.* Ya en *Recuerdos de provincia* se burla Sarmiento de los dos socorridos rótulos, frente a los cuales la tiranía de Rosas es un engendro híbrido y sin clasificación posible: “Qué es ese gobierno, federal o unitario? ¡Qué responda él, el torpe!” (III, 108-109).

29. "Rosas en paz....," VI, 213-218.
30. *Pago Chico* (1908), Buenos Aires, 1940, p. 212.
31. "El cangrejo", *Política argentina*, VI, 218-227.
32. Cf. Maurice Lansae. *Les conceptions méthodologiques et sociales de Charles Fourier*, Paris, 1926, pp. 32-33. En el extremo opuesto, las asociaciones francesas de obreros parecieron, en cierto momento, "formar filas bajo el estandarte de Fourier" (Lansae, p. 33). Lo curioso es que no falta en el deísta Fourier una muy especial atención, y casi homenaje, a la empresa jesuítica del Paraguay (ib.).
33. *Viajes*, V, 489. Por lo demás, la cerrada barba de Sarmiento y la "birreta griega" con que se le ha ocurrido cubrirse la cabeza favorecen la broma. El relato del breve episodio roza una faceta muy característica del pensamiento y la expresión de Sarmiento. Recuérdense sus constantes y variadísimas asociaciones entre el gaucho o el llanero —su figura, su nomadismo, su rudeza— y los pueblos "primitivos" más diversos: beduinos, calmuco, tártaros, bárbaros destructores del Imperio romano, indios. Cf. Ana María Barrenechea, "Función estética y significación histórica de las campañas pastoras en el *Facundo*", NRFH, XV (1961), especialmente pp. 318-321.
34. Leopoldo Lugones, *Historia de Sarmiento*, 2ª. ed., Buenos Aires, 1945, p. 64.
35. Anderson Imbert, *Genio y figura...*, p. 178.
36. Pienso en aforismos como este del poeta boliviano: "En Francia la locura se envuelve de futilidad y en España la locura se envuelve de gravedad. Como en América aprendemos de Francia y heredamos de España, solo alcanzamos la futilidad de los unos y la locura (¿será la "gravedad"?) de los otros (ap. Fernando Diez de Medina, *Franz Tamayo*, Buenos Aires, 1942, p. 197).